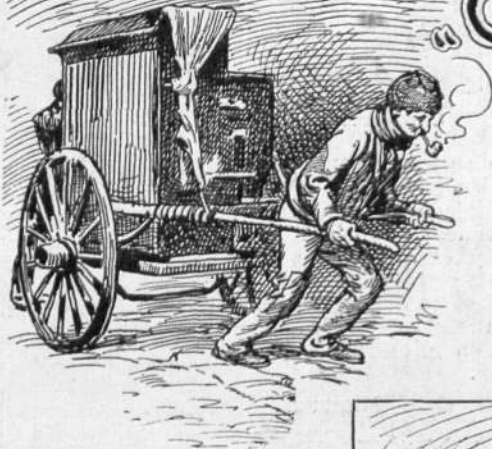


Escenas Callejeras

"El Organito"



—Per Baco!
Una voz:

—Filáte, grébano, que te van á portar *in cana*.
Las ruedas crujen, y Giacomo de varas, y Pietro detrás, se alejan murmurando. El espectáculo se repite otra vez, y otra.

En ocasiones, un bromista entrega dos pesos á Giacomo, le ordena que se instale bajo ciertas ventanas, que toque hasta las once, hora reglamentaria para el fin de la filarmonía nocturna callejera. Y no hay poder humano que lo saque de allí. El gallo policial no interviene, y se dan casos en que un vecino, asomando su rostro soñoliento y su gorro de líquido nada agradable.

—Crepa envidial! — exclama Giacomo, y echa á andar.

Si es sábado, tira de su instrumento, y en un bailongo de pesados y canfinflas, sirve de orquesta.

A la madrugada, regresan al conventillo, y el órgano llora, se queja, impreca al sacudirse merced á los baches y zanjones de las calzadas.

—¡Qué bruta ganancia! — piensan Giacomo y Pietro.

Y se quedan dormidos.

MANUEL M. OLIVER.

Cuando la noche ha cerrado y los relojes marcan las ocho, Giacomo y Pietro han encendido sus respectivas pipas de barro, y con las gorras pringadas de grasa y cal, caladas hasta las orejas, uno, de varas, y el otro empujando de atrás, han salido del conventillo, y calle arriba han llegado al barrio predilecto.

A cada barquinazo, el órgano gime en lamentos prolongados, como si el alma de sus cuerdas protestase de las rudas pruebas á que están sometidas aquellas.

«¡El órgano! ¡el órgano!» gritan desaforadamente los pilletes; los tenorios requintan los cívicos de alas derechas, y las chinitas y las rubias de ojos azules y cabellos como el oro, suspiran.

—Ay! si bailásemos!

Giacomo detiene su vehículo en la esquina, se apodera del manubrio y sin comoverse, —porque su espíritu no vibra sino ante la armonía de un *nikel*—dale que dale á la sonata, mientras las veredas se llenan, los muchachos danzan, y Pietro, recostado en la rueda ejecutante, contempla abstraído las espirales de humo de la pipa.

—Ché, gringo, atracá y tocáme algo...

—Prima, dáque el danaro, cumpádritu.

—Tomá médio nal, pero amacáte con la brasilera.

Las saudades se expanden, en desesperados arranques, con gran fruición del auditorio y detrimento de oídos finos.

—A ver, un tanguito... Aura! Agarráte, Catalina... Ché Ñato, pucha cómo movés las tabas. Ah! criollo! Aflojá la cadera, como la Tongorita.

—No te pasés, que no soy mancarrón de tramway...

Y el baile se ha armado en la esquina, y *La Verbena*, el *Dúo de los Paraguas*, los valeses, mazurcas, habaneras, schotis, *Washington-Post*, desfilan en rápidas sonoridades.

Pietro y Giacomo se turnan en el manejo del manubrio. Cuanto más ligero lo echan, más ganan.

De repente, se oye un grito:

—El botón!

El vigilante adelanta muy serio, mordiendo los bigotes, enhiesto el morrión. Con tonadita catamarqueña enfrenta á los compadres:

—No les he dicho que no me armen farras en la *vedera*? Mándense mudar aura mesmo.

Hay tosecitas de titeo. El agente se encara con Pietro:

—Vos, retiráte, pues.

—Má, come é cuesto...? Non podiamo far la música!

—Mirá, italiano: andáte con la música á otra parte, porque te voy á encajar á la comisaría.



Dibujos de Fortuny.